

que no creyendo bastante para distraernos el contemplar la naturaleza en sus diversas faces, nos propusimos abrir otra vez el manuscrito de Genaro, sobre el cual tan pocas veces habíamos puesto nuestros ojos en Paris; así lo hicimos en efecto, y esto formará la materia del siguiente capítulo.

Paris es justamente ponderado en todo el mundo. Y puede decirse que es la capital de Europa que presenta más atractivo y promete más gozos al viajero. Casi no hay uno de los viajeros europeos que no la haya visitado; es también el sueño dorado de los americanos, que cuando llegan sienten toda la fuerza del encanto y bienestar que produce.

Cuantas veces sucede, que alguno de América toma directamente un vapor que deba conducirlo á alguno de los puertos de Francia, desembarca llega á Paris; ¡extrañase! apesar de las otras capitales y grandes naciones que están á su alcance; se da por satisfecho, regresa á su patria y ¡qué conoce! ¡tan solo Paris! no es de aprobarse en manera alguna: pero dejemos esto aparte, y volvamos á nuestro viaje. Nos encontramos tan disgustadas con haber dejado á Paris

que ese ofrecimiento, habría sido incapaz de no pasar siquiera un breve rato con vosotros. En ese momento las muchachas que estaban en la sala, fueron entrando. Julia vestía un traje negro que era mucho lo que le agraciaba; estaba pálida, sus bellísimos ojos negros tenían unas ojeras muy pronunciadas, y se hallaban más que nunca llenos de una expresión inmensa de melancolía.

CAPITULO XXXVIII

Continuacion de la lectura del manuscrito de Genaro.

Recordarán nuestros lectores, que dejamos á Genaro en el momento en que, despues de haberse despedido de D. Mariano y su simpática hija, se encaminaba presuroso á casa de sus antiguos amigos.

Pronto llegué, decía, y en efecto se notaba en todos los semblantes el ansia con que me estaban esperando.

—¡Oh Genaro! me dijo Alfredo, (extrechando me entre sus brazos), creíamos que querías dar un nuevo golpe á tus amigos.

—Nó, Alfredo, me apresuré á contestarle, tú me conoces bien, y sabes que cuando ofrezco una cosa la cumplo, y que aun cuando no hubiese he-

cho ese ofrecimiento, habria sido incapaz de no pasar siquiera un breve rato con vosotros.

En ese momento las muchachas, que estaban en la sala, fueron entrando. Julia vestía un traje negro que era mucho lo que le agradaba: estaba pálida, sus bellísimos ojos negros tenían unas ojeras muy pronunciadas, y se hallaban más que nunca llenos de una expresión inmensa de melancolía.

Se adelantó hacia mí con cierto sobresalto, que sin duda yo solo pude notar; extendió su mano para saludarme, y fijó en mí sus bellísimas miradas con una ternura inmensa.

—¿Cómo has estado Genaro? me dijo, ¿no has tenido novedad?

—Ninguna, bella Julia, exclamé estrechando su linda y delicada manecita entre las mías.

En ese momento Sofia, la simpática y hermosa hermana de Julia, se adelantó hacia mí, y dándome un abrazo:

—¿Cómo estás Genaro? me dijo, ¿estás bueno?

—Sí, Sofia, ya lo ves ¿y tú?

—Como siempre, esperándote con mucha ansiedad: ¿creerás que hubo momento en que dudé si vendrías?

—No me repitas eso, porque me enfadas Sofia. ¿Qué sería yo acaso tan simple, que quisiese

clavar por mi propia mano un puñal homicida en mi corazón? Vds. son las personas que mas aprecio sobre la tierra, son las únicas á quienes distingo con una ternura llena de fuego, ¿cómo podría querer cortar esta amistad tan dulce y tierna que nos une? ¡oh eso es imposible! ¿verdad que tú no lo crees Julia? exclamé fijando en ella mis miradas.

—¡Oh Genaro! me contestó, ¡quién sabe!..... ¡eres ya tan distinto!.....!

—¿Qué es lo que decís? repliqué con asombro, ¡distinto! te ruego seas mas franca, mas explícita:

—¿Y porque nó? dijo Julia: lo que te decia es que mucho temo de tí de hoy en adelante; diré mas bien, desde que contrajiste tan estrecha amistad con D. Mariano y con su hija, porque ántes jamás nos habias dado un disgusto y luego..... ¡ya tú sabes lo que sucedió!

—Pero Julia, es que hasta cierto punto eres injusta y quieres confundir los deberes sociales con la falta de afecto; ¿cómo quieres que no sea yo consecuente con una familia que me colma de atenciones, que tan sólo tiene para mí, bondad y cariño?

—¡Ah Genaro! murmuró tristemente Julia el calor con que la defiendes prueba lo que la amas, si no la amases más que á nosotros, ¿se-

ría justo y natural que faltases, y fueras ingrato é inconsecuente por personas á quienes acabas de conocer, con una familia á quien has tratado años, que es la tuya, y de la que sólo has recibido muestras de cariño, de inmensa ternura? No, Genaro, tú ya no eres el mismo, y por eso p tu corazón escusa las faltas que cometes.

—Julia, repliqué yo entónces, viendo que la jóven guardaba silencio; tú sí eres injusta, y no sabes todo el mal que hace á mi corazón el ver que despues de tratarme tantos años, aun no me conoces ni me comprendes. Escúchame con calma, y tú serás la primera en aconsejarme qué cultive la amistad de D. Mariano y qué trate de agradarle siempre.

Julia suspiró, y Sofia me dijo:

—Habla Genaro, que impacientes te escuchamos.

—Bien, continué yo entónces; D. Mariano lleva de conocerme mas tiempo que vosotras, él siempre me ha distinguido con su predileccion y su ternura en el colegio, me preferia entre todos mis condiscípulos, lo que le atrajo no pocos disgustos, hoy, que ya soy un hombre, y que él abandona el colegio, se ha convertido en mi protector, en mi segundo padre, quiere revestirme de toda su ciencia, despojarse de su gloria para

odármela; me abre un porvenir, me brinda una fortuna, es mi apoyo en la sociedad, mi protector en el mundo, ha llorado conmigo mis desgracias, y procura regar algunas flores entre las espinas de mi vida. Dime amiga mia: ¿es justo que pague con el desprendimiento y la ingratitud tanta bondad y tan señalados favores?

—Julia guardó silencio.

—Ya ves como no puedes responderme, ni tu corazón acusarme de ninguna falta?

—Es verdad, Genaro, murmuró la jóven; pero si con D. Mariano te unen esos lazos de gratitud, ellos nó te ligan con la hermosa Clara, y sin embargo encuentras placer en estar con ella, y pasas largas horas á su lado.

—Esto es lo que nos hace daño, añadió Sofia, que una jóven á quien acabas de conocer nos haya robado tu corazón y tu cariño.

—Julia dirigió á su hermana una mirada de gratitud, y yo viéndome atacado por las dos jovencitas, tomé sus manos entre las mías y sonriendo les dije:

—No seáis inocentes, encantadoras niñas! ¿cómo quereis que no trate á Clara, cuando ella forma el encanto de su padre, y ella es siempre amable y fina conmigo? pero esto no quiere decir, que la ame mas que á vosotras, eso jamás:

la quiero sí, mas á vosotras os amo con delirio; no estoy disgustado cuando me encuentro á su lado, ¡pero ay! sin vosotras no podría vivir.

—¡Oh, que fuesen ciertas tus palabras!.... exclamó Julia con el semblante animado por el placer.

—¿Puedes dudarle? me apresuré á responderle, jamás ha manchado mi labio una mentira y en este instante Dios es testigo de mis sentimientos; pero concluyamos ya, en castigo de todo lo que me habeis regañado, me daréis un abrazo, y en seguida vamos á saludar á mis tios á quienes aun no he visto.

Al decir esto me levanté; Sofia me dió un estrecho abrazo con la ingenuidad de una niña y el desembarazo de una hermana; Julia cubierta de rubor se arrojó tímidamente entre mis brazos, yo la estreché contra mi corazón, y sofoqué un suspiro que se escapó de su pecho, en seguida nos dirigimos á la sala, donde en breve me ví rodeado por toda la familia!

Aquel dia por la vez primera no me sentia bien en la casa de mis buenas amigas, las atenciones con que me colmaban, la confianza de las muchachas, el amor de Julia, todo como que me embarazaba, nada era bastante á borrar de mi pecho las tristes impresiones que habia recibido

en la mañana, tenia que hacerme violencia para no demostrar lo que en mi interior pasaba, y deseaba que llegase el momento de verme solo, para entregarme con libertad á mis reflexiones; mi tristeza sin embargo pasó desapercibida á los ojos de todos menos á los de Julia, porque al amor nada se escapa.

A la hora de comer, me senté como de costumbre entre las dos muchachas. Sofia estaba contenta, la melancolía de Julia por el contrario á cada instante crecia; sus ojos se nublaban á menudo con las lágrimas, que hacia esfuerzos por reprimir, yo estaba á su lado, y siempre mi mirada se encontraba con la suya.

Noté que aquel dia, Julia tan solo acercaba á sus labios el alimento, que comia poco, diré mas bien, nada. Esto como es de suponer me entristeció, me causó pena; yo la instaba á cada momento para que no fuese tan sóbria.

—Nunca te he visto comer tan poco, le dije, y si en este punto no te enmiendas, te prometo no volver á comer á tu lado, porque me aflijo mucho de ver tu desgano; ¿qué, estás enferma?

—No, Genaro, contestó con algun embarazo mi pobre amiguita, sino que ya lo ves no tengo apetito.

—Pues amiga mia, le repliqué; es preciso que

comas; porque de lo contrario te enfermarías, y esto nos haría padecer muchísimo á todos. — Luego dirigiéndome á D.^a Margarita, le dije: — haz que coma Julia, porque si no se va á descomponer y nos mete en grandes penas; ya ves que hace como seis meses que está enflaqueciendo, y ese es siempre un mal síntoma.

— Tienes razón Genaro, me respondió; es preciso que la corriamos.

— Yo por mi parte, tía, ya le prometí no volver á comer á su lado, mientras no se enmiende.

— Pero si te sentarás junto á mí, contestó Sofía con una gracia encantadora.

— No, no comeré tampoco á tu lado le dije porque no pudiendo efectuarlo con Julia, dejaré de hacerlo en tu casa.

— Ese es el pretexto que andas buscando, Genaro, replicó Julia con mucha seriedad. Sólo que tú quieres excusar la venida aquí, si nuestra pobre comida ya no te satisface, ¿qué vamos á hacer?

Las palabras de Julia me lastimaron y usando de un tono ofendido.

— Si me vuelven á hablar en ese sentido, dije, les prometo que no volveré. Vds. me conocen demasiado; saben que tienen en mi corazón el lugar más distinguido; es por tanto inútil que di-

gan lo que no sienten, porque si realmente lo sintiesen, me ofenderían en extremo. Les suplico, pues, que no vuelvan á herir mi corazón con palabras tan agudas, que penetran como un puñal afilado en su parte más sensible.

Después que hube concluido de hablar, se siguió un momento en el que reinó el mayor silencio. Vi que Julia temblaba, y que se había puesto más pálida que un difunto; esto me alarmó: Alfredo fue el que por fin rompió el silencio.

— ¡Estuviste esta mañana en casa de D. Mariano? me preguntó.

— Sí Alfredo, estuve allí dos horas, y para que no tengan sentimiento, amigas mías, proseguí dirigiéndome á las muchachas, desde ahora les anuncio que el próximo domingo tengo que comer allá. Por ahorrarme vdes. el disgusto cariñoso con que me distinguen, me excusé hasta tal punto, que D. Mariano se enfadó conmigo, le ví disgustado, y tuve que excusarme diciéndole, que si no aceptaba no era por falta de voluntad, sino por acompañar á vdes; pero me habló tan fuertemente, y Clara me manifestó igualmente el mal que hacía yo en disgustar á su padre, que me comprometí á dedicarles la mitad de mi tiempo. Mas no por eso creais que no vendré la mañana

será vuestra, y la tarde la dedicaré á mi bienhechor.

De nuevo comencé entónces á contar á mis amigos el negocio que habia puesto en mis manos D. Mariano, y la conversacion fué entónces mas animada. Cuando hubimos concluido de comer me fuí, como de costumbre, con mis amiguitas; Julia estaba sumergida en la mas profunda meditacion.

De repente Arturo y Alfredo salieron de la pieza; Sofia se dirigió al balcon y quedé yo enteramente solo con Julia, y esta infeliz víctima de un amor oculto, no pudiendo contenerse ya, prorumpió en un amargo llanto.

—¿Qué tienes ¡por Dios! Julia? exclamé yo entónces estrechando entre las mias su blanca mano. Es preciso que corrijas tu carácter, porque sino vas á ser muy desgraciada. Por lo pronto ¡perdóname! me arrepiento de haberte herido por medio de una amenaza que yo mismo no tendria valor de cumplir; te suplico Julia, que reprimas algo esa imaginacion que tienes, esos movimientos tan violentos que te conducen á presumir cosas que están muy léjos de suceder. No, Julia, no seas asi, hazme favor de tratar de dominarte de hoy en adelante ¿me lo prometes querida mia?

Julia fijó entónces en mí sus bellos ojos, que se encontraban cubiertos de lágrimas. ¿Qué es lo que me pides, Genaro? replicó con un tono débil y conmovido.

—¿Qué te he de pedir! lo que es muy natural; que no adelantes nunca tus pensamientos mas de lo debido, y siendo tu corazon tan tierno, juzgues bien y no mal. Eso es todo lo que te suplico, y lo hago por tu mismo bien.

—Genaro, me contestó, lo que constituye nuestro carácter no es fácil que se pueda cambiar; pero hay un medio para no molestar á nadie, aunque una sufra doblemente, y es del que yo voy á usar de hoy en adelante.

—¿Cuál es Julia? le repliqué al instante.

—Es amigo mio ¡la reserva! me dijo; encerrar en lo mas profundo del corazon todos los movimientos del alma, y no darlos á conocer; ellos no podrán ser molestos á nadie mas que al que los experimenta y los sufre.

—Muy bien, Julia, contesté yo entónces un tanto ofendido, quiere decir que lo que tú deseas es romper esa dulce cadena de la amistad que hasta hoy nos habia unido; porque donde no hay confianza, no hay amistad; quiere decir que desde este momento no debo ver en tí á esa prima querida, que tenia un lugar tan distinguido en mí

alma, sino á la señorita Julia, á una persona que me es enteramente desconocida.

—Tú lo has querido Genaro, y yo no hago en esto mas que sacrificarme por complacerte.

—¿Qué es lo que estás diciendo, por Dios!

murmuré; si lo hubiera querido, me vieras entonces ofendido como lo estoy? Si con eso complacieras mis deseos, te haria alguna demostracion en contra que viniese á cortar tus pensamientos tan gratos para mí; responde, Julia, debí yo hacerlo así?

—Genaro, no; cierto es que el camino que has seguido no conduce á ese fin, pero, amigo mío; jamás cual hoy te habías expresado; hasta cierto punto tú mismo cortas mi franqueza con tus amenazas, ¿lo que me dijiste en la mesa, no quiere decir, calla, porque si otra vez me revelas semejantes pensamientos no volveré más a verte?

Nunca te habia yo visto un movimiento de seriedad respecto de nosotras, y hoy si ya he notado uno, luego ¿no he comprendido tu deseo, no te será mas grato que de hoy en adelante nos propongamos todos en casa, por no molestarte, por no cortar una libertad que por cierto te pertenece, el no hacerte ninguna observacion, el dejarte completamente libre en tus acciones, el ver en la apariencia con cierta indiferencia tus pasos?

¿no es verdad que interiormente sientes unas sensaciones que te impulsan á pensar y á convenir en lo que te estoy manifestando?

—No, Julia, no me conoces aun, murmuré con un acento lleno de fuego. Sí, no me conoces, y á pesar de que hace ya tantos años que nos tratamos, no has adivinado mi carácter.

—¿Qué es lo que dices?

—El dia que Vds. me tratasen de la manera que me estás proponiendo, cesaria en el instante toda confianza, vendria yo un momento por consecuencia, porque ésta no faltará en mí jamás: pero ya no volverias á verme sentado á tu mesa, ni las trataria con la intimidad con que hasta hoy me he permitido hacerlo. Tú sabes hermosa Julia, lo que haces de hoy en adelante; pero te repito concideres lo que te he advertido y despues, segun tu obres, así obraré yo.

Julia no me respondió, le habia yo hecho pasar momentos demasiado amargos, que habian concluido por agotar sus fuerzas morales; en aquel instante de silencio en que tan solo me ocupaba de contemplarla, la ví tan desgraciada y bella, que casi estuve á punto de darle á beber el néctar de la vida que pendia de mis labios; pero cuando quizá lo hubiera hecho, Sofía se acercó á nosotros despues de haber dejado la ventana.